



EL BUHONERO.

Muchas veces le habreis encontrado en los caminos con su fardo á cuestas, apoyado en un nudoso palo ó mas bien garrote, desafiando al sol y á la lluvia. Humilde misionero de la industria, hace conocer sus maravillas en las mas ignoradas aldeas, en todos los caserios de la comarca que recorre.

Nuestras ciudades, en las que todo abunda, no sospechan los servicios que prestan esos infatigables viajeros, últimos eslabones de la

cadena que une la civilizacion á la soledad. En los pueblos nacientes representa el buhonero un papel muy importante, porque es la alegría y la providencia de los solitarios colonos, que convierten la nueva tierra en una verdadera patria. Los Estados-Unidos, centro hoy de la actividad comercial americana, no han tenido por espacio de mucho tiempo otros abastecedores. Los buhoneros iban de plantacion en plantacion, ofreciendo sus mercancías, refiriendo noticias, y constituyéndose

24 DE ENERO DE 1832.

en portadores de la correspondencia entre diversas familias. Eran pues unas tiendas ambulantes, gacetas y mensajeros. El célebre *Ferimore Cooper* escribió una novela titulada *El Espía*, y en ella puede verse cuál era el verdadero carácter de aquellos mercaderes nómadas durante el primer período de la colonización. El buhonero americano no era uno de esos hijos perdidos del comercio, que luchan con las humillaciones y la miseria, que explotan la ignorancia, y en todas partes son recibidos con desprecio ó con desconfianza: era el peaton del comercio, con tanto orgullo como los mismos á quienes acudía, porque conocía su propia utilidad; bien acomodado, ya que no rico, merced á los beneficios de su honroso oficio, tenía entrada favorable aun entre los que nada podían comprarle, y se sentaba á la mesa de las familias mas decentes del país.

Aunque la multitud de vías de comunicación ha modificado mucho este estado de cosas, se encuentran todavía hacia el Oeste de la Unión algunos buhoneros de los antiguos tiempos, que prosiguen su comercio con dignidad y honradez. En todo distintos de los nuestros, suelen caminar leyendo las excelentes obras que llevan de venta, y pueden recitar de memoria trozos de los poetas clásicos ingleses ó de los escritores religiosos de la Unión.

En Inglaterra, aunque no se hallan á igual altura los mercaderes ambulantes, han conservado no obstante algunas costumbres de sus predecesores. En los condados ejercen verdadera influencia, y su llegada es siempre un acontecimiento doméstico. El pincel de Wilkie ha representado, en la lámina que acompaña á este artículo, una de las muchas escenas de familia relativas al asunto en cuestión.

El buhonero está sentado y ha hecho uso de todos los medios de seducción imaginables: una tela floreada acaba de maravillar á las mugeres, que han acudido presurosas á presenciar la exhibición. La tía, oculta en una sombra, levanta las manos con éxtasis; de hinojos la criada, coloca la tela de modo que pueda convencerse de lo fuerte del tejido; la anciana, que todo lo examina con sus gafas, discute al parecer sobre el precio; pide rebaja, y el semblante del buhonero contesta: *Imposible*.—La joven nada dice; pero tiene la tela entre las manos, se vuelve hacia su marido y le pregunta con sus miradas; el niño, colocado detrás de la silla de este último, se inquieta y suplica: es el cómplice de su madre.

El jefe de la familia duda, medio se sonríe y fuma silencioso. Su mano, metida en el bolsillo, parece que tienta la bolsa, próxima á vaciarse. De su resolución van á depender el contento ó la tristeza de las personas que le rodean. ¡Grave cuestión que apenas puede resolver su prudencia! Si consiente, ¡cuántos gastos! ¡cuántas murmuraciones entre los vecinos! ¡cuántas miradas en la misa del domingo! Pero si se niega, ¡qué trastorno doméstico! ¡cuántos dichos de la anciana abuela! ¡cuántas lágrimas acaso! El marido cederá al fin, no lo dudeis; cederá al deseo silencioso de la muger que le hace feliz, y á la impaciencia filial del niño; cederá sobre todo al impulso de su propia generosidad, y el buhonero, descansado ya y después de refrescar, marchará de aquella casa con el fardo menos pesado y la bolsa mas repleta.

LAS TORRES DE OESTE (1).

En la confluencia de las tranquilas aguas del río Ulla con las impetuosas olas de la ría de Arosa, se levantan las paredes desmantela-

(1) Algunos historiadores antiguos y arqueólogos modernos hacen remontar el origen de este monumento á la dominación romana en Galicia. La localidad que ocupan las *Aras Sextianas* erigidas por el proconsul romano Sexto Apuleyo en honor de Augusto (año 727 de la fundación de Roma), origina diversas y encontradas opiniones entre los escritores. PUNTO coloca este monumento cerca del río Tambre (Galicia): *Superque Tamarici quorum in peninsula tres aras sextianas*—POMONIO MELA menciona una torre dedicada al pacificador del mundo en la confluencia del río Ulla y Sar (Galicia): *Sars juxta turrim Augusti titulo memorabilis*; y fija en Asturias las *Aras Sextianas*—VEREL y AGUIAR (HIST. DE GALICIA), cree que las torres de Oeste, ó Este, como vulgarmente se dice, son las mismas *Aras Sextianas*, y que la mencionada por Pomponio Mela es la celebrada torre de Hércules de la Coruña—He aquí las palabras testuales de este laborioso escritor (*Investig. IX, pag. 475 y 476*): «Justamente á la misma orilla de la ría que va de Padron al Carril, y en una península á la que se pasa desde el continente por una calada, se conservan aun los restos de tres monumentos, distantes entre sí pocos pasos, á los que se les da en el país el nombre de torres do Oeste. ¿Quién no ve aquí una equivocación de Mela, confundiendo las relaciones que le habian dado, y una señal cierta de que la torre de Hércules existía mucho antes que Trajano, por el dictado que le da de Augusto? Las Aras Sextianas no pudieron ser otras que dichas torres do Este desfiguradas; ya porque Mela las pone en una península y solo se equivoca en el número, llevando allí la dicha torre de Hércules; ya porque Plinio terminantemente las da en Galicia en los Tamaricos, que estaban tan inmediatos al río Sar; ya por el nombre do Este que aun les dan, y que parece el mismo de Sexto ó su eco, solo desgastado del tiempo, como el material y la forma de una medalla antigua.»

Nosotros aceptamos la dilucidación histórica y arqueológica de esa edad del arte, que nos permitiremos llamar primitiva, para las construcciones sucesivas que utilizaron cuando mas las localidades populares ó ventajosas, ya para dar mayor prestigio á las obras públicas, ya para borrar completamente, y esta suposición nos parece la mas verdadera, las dedicaciones mitológicas del imperio griego y romano. El verdadero origen de la fortaleza de los arzobispos de Santiago en la ría de Padron al Carril pertenece al siglo XI. La etimología de *Sexto* por *Este* ó *Oeste*, sino es arbitraria tampoco tiene en cuenta la posición cardinal de las torres que llevan este nombre.

das de una antigua fortaleza. Son las torres de Oeste, palacio señorial y lóbrega prision de los prelados de Santiago. Son los escombros de un monumento que aun permanece en pié como el símbolo secular de la jurisdicción temporal de la mitra compostelana. Sus engrietadas paredes y sus muros desportillados no justifican una apreciación arqueológica. Sobre los cimientos elevados por el desmoronamiento de las cimbrias y cornisas, se ha construido una ermita como el huésped venerable de la soledad. El viajero no encuentra en este monumento la inscripción del fundador ni el relieve del artista: altos paredones cubiertos de yedra y mellados por huecos impracticables donde anida el milano y descansa al mediodía la paloma silvestre, espican las proporciones colosales de este lindero arquitectónico de una jurisdicción. Entonces no se construían *farcos*: se fabricaban *acalayas*. No era avisado el navegante de los peligros de la costa cantábrica: se le advertían los portazgos de concesión monárquica. El comercio marítimo estaba comprimido por los señoríos de mar y tierra.

El viajero que atraca su barca vacilante á las orillas pedregosas de las torres de Oeste, escalando la eminencia de este monumento como trepa el cazador una montaña rebuscando los criaderos de conejos, reconoce en una Peña que adelanta sus cristalizaciones hacia las aguas azotadas de la ría, el engaste de la cadena de hierro que cerraba el paso á las embarcaciones de transporte durante los tiempos bonancibles de la paz, ó las caravels aventureras en los días indecisos de la invasión normanda ó musulímica.

Las torres de Oeste son la única página arquitectónica que se conserva de la jurisdicción temporal de la mitra de Santiago. Los castillos almenados, los palacios señoriales y las murallas dentadas han venido al suelo impelidos por el torbion de los siglos. La historia ya reemplaza á la arqueología. El anticuario busca en los archivos la explicación de las ruinas. Las torres de Oeste tambien pertenecen á los códices manuscritos y crónicas impresas.

Busquemos en la retirada biblioteca del erudito la historia de esta remota fortaleza.

Las irrupciones de los normandos (1) y árabes (2) que saltaban en tierra en las desiertas playas cantábricas, ó subían á las montañas de los valles (3) desde la frontera de Leon, talaban los campos y demolian los monumentos como conquistadores de un dogma reprobado. La guerra sostenida por la integridad provincial representaba el amparo de una ciudad y la defensa de un sepulcro. Los normandos y los árabes habian profanado la catedral de Santiago: la religion, que era entonces la nacionalidad, levantó en las gargantas de las sierras y en las embocaduras de los rios robustas fortalezas y palacios almenados. Las eminencias aisladas en medio de los valles, las agrestes sierras acumuladas en las vertientes de las montañas, y las dilatadas llanuras cuyos árboles movidos por el viento imitaban el lejano murmullo de un ejército acampado, habian abierto sus canteras para levantar las torres señoriales.

El sacerdote y el caballero levantaron á la vez esa linea de defensa irregular, simultánea y discrecional. Los privilegios y las cédulas no hicieron mas que rectificar estas adquisiciones de la guerra. Habian salvado la integridad de la religion, habian rechazado la invasion extranjera: de esta suerte robustecian el trono, que habia comenzado á ser una gloria militar, sobre el pavés donde se presentó Pelayo delante de los españoles marciales y aguerridos de Covadonga.

A esta época pertenece la fábrica de las torres de Oeste. Son la obra del sacerdote, como las torres de Altamira, Castroverde, Mesia, la Barreira y otras levantadas dentro y fuera de Galicia pertenecen al caballero. Origen de concesiones reales ó consolidación de privilegios señoriales, representan un mismo principio: la integridad del culto, de la monarquía y del país. *Mi Dios, mi rey y mi dama* reasumen el espíritu caballeresco de estos remotos tiempos. Entonces el espíritu caballeresco era el espíritu público. Los caballeros decían *mi dama* en lugar de *mi familia*: revelaban el sentimiento íntimo bajo las formas puras y suaves de la esquisita *galantería*.

Las torres de Oeste fueron construidas por los arzobispos de Santiago. La *Historia Compostellana*, lib. I, cap. II, al consignar la muerte de D. Grcscorio ó Cresconio en la era ICVI, año 1068 de J.-C., dentro de esta antigua fortaleza, establece su fundación en las palabras siguientes: «Castellum Honesti quod ad defensionem christianitatis construxerat (4).» La cronología inédita de los prelados compostelanos refiere la continuación de las torres de Oeste por D. Diego Pelaez, sucesor de D. Cresconio, de 1069 á 1079. «Fué elevado á la dignidad episcopal, asegura el mencionado manuscrito, por el rey D. Sancho II. Continuó la obra de las torres de Este ó castillo Honesti, y empezó la nueva fábrica de su iglesia catedral.»

En el siglo XI se reforzaron los muros y se elevaron los cubos de

(1) De 936 á 968, y de 1056 á 1068.

(2) De 983 á 993, y en 1004.

(3) En lenguaje oriental equivale á Galicia.

(4) Edición del P. FLORES, Esp. sag'a., tom. XX, pag. 13.

esta fortaleza, levantada para defensa de la antigua jurisdicción de Quinta y Cordeiro. El arzobispo Gelmírez, que no había apartado su previsora mirada de las invasiones asoladoras de Almanzor y Mahomad; vigoroso para ensachar la unidad religiosa, enérgico para neutralizar la preponderancia nobiliaria, lo que equivale á decir, la preponderancia militar; ávido de robustecer los miembros entumecidos de la jurisdicción temporal, faustoso en la prianza, decisivo en el peligro, sereno en las revueltas, político de resistencia, al decir contemporáneo, restauró las torres de Oeste como el sello rodado del antiguo cartulario que llevaba el nombre de Galicia desde los tiempos primitivos de los celtas. La *Historia Compostellana* describe las reconstrucciones hechas en esta fortaleza de 1108 á 1120, no solo con la arrogante grandilocuencia de las crónicas oficiales, sino también con la ingenua apreciación de las miras elevadas del prelado compostelano. «De propriis facultatibus—son sus palabras testuales—sic castrum Honesti murorum ædificatio, propugnaculis et turrium altitudine munivit, quod si forte tam Moabitæ quam Ismaelitæ se aliunde quoquo modo



(Las torres de Oeste.)

ad id Castrum applicarent, aut lapidibus et acutis sudibus desuper jactus abruerent, aut á militibus qui ibi sul tranquillitatis custodia permanent, captionis aut mortis periculo proculdubio urgerentur (1).» —Mas adelante añade: «Ex præcepto manique regis Ispani rustici á *Friacastella* usque ad Oceanum mare conveinebat ad ædificandi muros Castelli nomen *Honesti*, qui sine calcis linimento constructi es minutis lapidibus tradibus interpositis ruinam assidue minabatur: verebantur nimirum Ispani ne Anglici vel Normavigenæ sive alia barbaræ gentes es hac parte navigio Gallæcian aggredierentur. Quippe Honestum quasi guædam clavis atque sigillum est Gallæciæ: quod si exterræ gentes hunc locum sibi præriperent, munitione ibidem composita Gallæcian invadere atque depopulari præ manibus haberent (2).»

A los esfuerzos previsores del arzobispo Gelmírez sucedieron las concesiones reales: equivalían á una recompensa. La jurisdicción temporal correspondía al sostenedor de la integridad religiosa y de la preponderancia monárquica. Los reyes de Castilla y Leon concedieron á la mitra compostelana el portazgo de los rios Ulla y Miño. Las torres de Oeste pasaron de fortaleza provincial á señorio privado. Eran el Palacio de la mitra compostelana: el *Castillo Honesto* donde el sacerdote alejaba los devaneos del caballero. No solo defendían una posición estratégica, sino también una imposición privilegiada. La cadena de hierro que cerraba la embocadura del rio Ulla en la ria de Arosa, señalaba un feudo civil reconocido por el comercio marítimo.

Las vicisitudes señoriales acaecidas desde el siglo XI hasta el XV concentraron en el Estado los privilegios nobiliarios y las temporalida-

des eclesiásticas. A los portazgos sucedieron las matriculas de mar. El comercio marítimo se agrupó por medio de los gremios, absorbiendo las prerrogativas parciales en beneficio de la unidad monárquica.

Desde esta época las torres de Oeste perdieron su representación señorial, depositando bajo sus húmedas bóvedas los deshechos pedazos de su cadena, y cegando sus prolongados fosos, ya inútiles para la defensa sostenida contra las agresiones de los conquistadores.

La ciencia militar se había adelantado á sus barbacanas: la unidad monárquica había inutilizado su privilegio temporal. Eran ya inútiles: solo alcanzaban á ser una comprobación monumental de la historia política y civil de la edad media española. Conservaban la articulación de una época remota, postrada por la falta de sangre vivificadora. Eran el esqueleto, no el ser viviente del siglo XII. El espíritu había desaparecido: en las cuevas de sus muros ya no se reconocía la mirada imponente del guerrero.

A la parálisis sucedió la muerte. Llegaron las ruinas y los escombros.

Las torres de Oeste son en nuestros dias un monumento amortajado por los siglos. A la caída de la tarde, cuando el sol multiplica sus rayos tibios y melancólicos en las revueltas olas del mar, se asemejan á un inmenso sepulcro mal enterrado en las solitarias playas del Océano. La piedad cristiana colocó una cruz sobre esta tumba: construyó una capilla. La religion ha completado la alegoría.

Para el infortunio hay la plegaria de las generaciones venideras: después de un naufragio, las rudas manos del marinero atan los dos pedazos de un reino abandonado, en forma de cruz, y la clavan entre las musgosas peñas de la costa.

Para este sepulcro monumental del siglo XII, la religion levantó una cruz de piedra.

Volvemos á decirlo: la piedad cristiana completó la alegoría representada por las torres de Oeste.

Diciembre 20, 1851.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

EL AVEJORRO.

(Conclusion.)

En situación tan lastimosa se me ocurrió una idea, poco mas ó menos lastimosa que la situación, y que formulé en un monólogo. «Aquí vamos, me dije, tres docenas, poco mas ó menos, de vivos, acompañando á un solo muerto: y como los vivos nos encontramos en estado tan lastimoso, y el muerto va muy descansado y cubierto, no tendrá nada de particular que el pobre muerto se vaya riendo de los vivos». Y como si yo hubiera sido el muerto, empecé á reír á carcajadas, con una risa tan histérica que me parece estaría escuchando y ahora mismo tiemblo de pavor. Y es buena gana de temblar, porque yo sé perfectamente que los muertos ni rien ni lloran, porque ni gozan ni padecen: yo sé que los muertos son unos señores muy tiesos y muy espetados, que ni piensan, ni sienten, ni consienten; como que han perdido el espíritu, y son unos pedazos de materia que nada tienen ya que ver con el delicioso mundo moral. Continuando el susodicho Dios con la referida tormenta, como decía cierto escribano en la relación de un proceso, llegamos el muerto y los vivos al cementerio de San Isidro, que debía ser el fin del viaje del primero y un descanso de la peregrinación de los segundos; y como encontramos algun abrigo, nos pareció aquel cementerio un verdadero paraíso.

Dejaron el féretro en el suelo, en tanto que los sepultureros acababan de ahondar la fosa, y el avejorro voló al punto desde el atahud á la lápida de un lujoso nicho. Yo seguí inmediatamente á mi guía, y lei sobre la negra lápida una inscripción en letras de oro, que empezaba: *Aquí yace el Esclavo señor D. J. S...*—Aquí yace, murmuré yo, un opulento capitalista á quien adulaban los ministros y los grandes, por que poseía una gran cantidad de oro, y el oro es la fuerza y la nobleza del siglo XIX. Este rico capitalista se burlaba de los grandes á quienes prestaba dinero; de los ministros á quienes facilitaba fondos; de los pequeños capitalistas á quienes vendía protección, y de los industriales á quienes explotaba. Decía que las condecoraciones, los títulos y los honores eran despreciables oropeles; que el verdadero oro es el acuñado; y sin embargo cruzó su pecho con una banda, tomó un título de Castilla, que le asentaba como un apodo, y se hacia dar el escelencia. De este hombre vano y codicioso se burló la muerte. Sus riquezas pasaron á sus hijos, que procuran ocultar su humilde apellido bajo el pomposo título que llevan: *Vanitas vanitatum et omnia vanitas*.

El avejorro debió comprender que había concluido mi monólogo, porque alzó su vuelo y fué á posarse sobre otra losa. Esta era blanca, y decían sus letras de oro: *Aquí yace la señorita Doña C. de V. : falleció á los diez y seis años de edad*.

(1) Lib. I, cap. XXXIV, pág. 74. (Edición del P. FLOREZ.)

(2) Lib. II, Cap. XXIII, pág. 505. (Edición del P. FLOREZ.)

—Aquí están guardadas, esclamé, mil bellísimas ilusiones que no han de desvanecerse jamás. Aquí han muerto en flor mil esperanzas seductoras. Aquí reposa la virginidad del pensamiento, mas pura que la de la carne... Pero no, no; bajo esta losa blanca y tersa estará un esqueleto repugnante, un polvo amarillento, un receptáculo de gusanos. Las bellísimas ilusiones, las seductoras esperanzas y el pensamiento virginal, se encuentran en el seno de Dios.

El avejorro me condujo á un monumento casi regio, ornado de escudos y coronas. En un tarjeton se leía: *Aquí yace el Excmo señor duque de... etc. etc. etc.*

—Aquí yace, murmuré yo muy bajo, como si temiera que me oyese el mundo y el polvo de la urna, una gran ambicion compuesta de cien pequeñas ambiciones, que realizadas una á una, solo dejaban ver el inmenso vacío de las noventa y nueve restantes. El que aquí reposa tuvo honores, laureles, títulos, riquezas, poder, y siempre suspiró, cuando rico por mas honores, cuando poderoso por mas riquezas, cuando laureado por mas poder. Codiciando lo que le faltaba olvidaba lo que tenía, y estaba sediento entre dos rios y hambriento bajo los manzanos. Todos lo envidiaban, porque creían que poseía lo necesario para repartirlo entre todos y quedar contento; él envidiaba tambien á todos, porque lo que todos poseían dejaba incompleta su ambicion. Murió cuando mas esperaba y cuando todos mas le temían; respiraron los envidiosos, aunque no tomaron parte en su herencia; porque la envidia no es el deseo de poseer uno, sino de que otro no posea.

Desde el magnífico mausoleo pasó el avejorro á una lápida bastante elegante, cuya leyenda decía así: *Aquí yace el señor D. P. de Q. Falleció el día 18 de febrero de 1830, á la edad de veinticinco años. Su afligida esposa le consagra esta leve memoria de su cariño y su dolor.*

El avejorro se trasladó á otra lápida poco distante; en ella leí: *Aquí yace la señora Doña C. M. Falleció el 15 de noviembre de 1830. Su afligida esposa le consagra esta memoria de dolor.*

El avejorro pasó á otro nicho; sobre su lápida leí: *Aquí yace el señor D. R. de la Z. Falleció el día 29 de marzo de 1831, á la edad de treinta y cinco años. Su afligida esposa le consagra esta memoria de cariño.*

Yo concluí la lectura del epitafio; pero el avejorro no se alejó como en las dos lápidas anteriores. Me llamó la atencion su inmovilidad, porque para mí tan insignificante era este epitafio como lo habían sido las dos anteriores; pues ninguno de los tres me daba motivo á reflexiones filosóficas. Sin embargo medité mas, y repasando mi memoria, recordé que la muger del segundo nicho había sido sucesivamente esposa de los dos hombres enterrados en el primero y tercer nicho. Entonces comprendí la malicia de mi director; pues sin duda quiso probarme que el dolor y cariño de la afligida esposa había durado menos de diez meses, y menos de cuatro el dolor del muy afligido consorte. ¡Quién podrá decir cuánto tiempo durará el cariño de la afligidísima viuda!

Prosiguió mi guía su camino, y fué á pararse sobre un nicho que no tenía lápida siquiera; pero si un letrero que decía: *Aquí yace D. N. D. Falleció á los veinte años de edad, etc.*

—¡Muerto á los veinte años, me dije, y muerto sin fe ni esperanza! ¿Que naturalezas son estas que tan fácilmente se aniquilan, ó qué sociedad es la nuestra que destruyetan velozmente?

Pero, ¡juicio de mí! el avejorro no tuvo quedar un paso para indicarme el nicho de un viejo que había muerto lleno de ilusiones. Creí al principio que este último habría sido muy feliz; pero mudé de opinion recordando unas preguntas que yo me había dirigido en otro tiempo. ¿Qué sería del hombre si los dias pasaran, y las ilusiones no se fueran desvaneciendo, ó si murieran las ilusiones y no pasara un solo día? Si los dias pasaran y las ilusiones permanecieran, se encontraría el hombre entre la impotencia y el deseo, sufriendo el suplicio de Tántalo; si murieran las ilusiones sin que pasara un solo día, se encontraría el hombre entre la fuerza y el hastío, como un caballo entre el acicate y la brida. Cualquiera de estos dos estados sería insoportable; y si alguna vez piensa el hombre en ellos, debe bendecir á quien ha dispuesto que cada día se lleve consigo una ilusion.

Debí persuadirse el avejorro de que iban siendo un poco largas mis reflexiones, porque dejó la lápida del viejo, y se dirigió á todo vuelo hacia el atahud que habíamos venido acompañando. Cuando llegamos acababan los sepultureros de poner corriente la fosa, y un hombrecillo de cincuenta y cinco á sesenta años aplicaba las llaves á las cerraduras del féretro. Como continuaba la lluvia, la mayor parte de los acompañantes estaban guarecidos de ella bajo los arcos y galerías, y solo nos encontramos en torno del cadáver los sepultureros, el hombrecillo, un par de curiosos, y yo, que deseaba vivamente ver el rostro inanimado y frío del nuevo huésped que iba á recibir el cementerio. Levantó por fin el hombrecillo la tapa del pobre atahud, y vi dentro de él una joven vestida de blanco y coronada de rosas del mismo color. Sus ojos negros y rasgados se conservaban entreabiertos y parecían húmedos, como si acabara de llorar. Negros y abundantes cabellos cubrían sus sienes, y caían destrenzados sobre sus hombros y su pe-

cho; y su lindo rostro, aunque estremamente pálido y anguloso, conservaba cierta frescura y morbidez. Sobre los pómulos de sus mejillas aparecían dos manchas lívidas, que debieron ser rojas poco antes, y que unidas á la completa demacración del rostro, indicaban clarísimamente que aquella joven había muerto de esa enfermedad que consume casi enteramente la materia, conservando intacto y vegoso el espíritu, de esa enfermedad que la medicina llama *tisis*, y que puede llamar la filosofía exquisita sensibilidad. Sobre el corazon, y bajo la mano derecha de la muerta, se veía un cuaderno bastante abultado y manuscrito: el hombrecillo levantó, sin conmoverse lo mas mínimo, aquella mano helada, tomó el cuaderno, dejó caer de golpe la tapa del atahud, lo cerró, retiró las llaves, y lo entregó á los sepultureros que lo empujaron á la fosa. La tierra empezó á caer sobre el féretro, y pocos minutos despues unos cuantos ladrillos igualaron el pavimento, ocultando para siempre al mundo lo que había dejado de existir.

Cuando se acabó esta faena, solo estábamos en el cementerio los dos sepultureros, el hombrecillo y yo, pues todos los acompañantes habían aprovechado un momento en que cesó la lluvia para volverse á sus hogares, y el avejorro ó se había ido, ó se había sepultado en la fosa. Como nada quedaba que hacer, el hombrecillo y yo nos dirigimos al mismo tiempo hacia la puerta por donde habíamos entrado una hora antes, y luego que atravesamos su dintel, nos inclinamos la cabeza en señal de mutua despedida. Pero sin duda el hombrecillo estaba aguijado por una viva curiosidad, porque parándose de repente, me dijo:

—Caballero: y V. perdone la pregunta, ¿conocía V. á esa pobre joven que dejamos allí enterrada?

—No señor; respondí al hombrecillo.

—Pues dispense V. mi confianza.

—Nada tengo que perdonar; pero lo que sí parece seguro es que V. merecía toda su confianza.

—Si señor, éramos vecinos, y aunque todos los de la casa la querían lo mismo que yo, como yo era el único hombre de letras...

—¿Es V. escritor público?

—Si señor, soy memorialista.

—¿Y esa joven depositó en V. su entera confianza?

—Si por cierto. ¿Y qué había de hacer la pobrecilla? Era huérfana, no tenía parientes, y no quería dejar perdido su único tesoro.

—¿Y era su único tesoro?...

—El manuscrito que ha traído sobre su corazon hasta el borde de la sepultura, y que yo guardo en mi bolsillo.

—¿Y qué debe V. hacer ahora con ese manuscrito?

—Debo entregarlo á cualquier literato conocido, que se comprometa á coordinarlo, corregirlo y publicarlo.

—Yo soy escritor, murmuré con cierto embarazo; porque la condicion de que el literato á quien se entregara el manuscrito debía ser conocido, me hacia dudar de mi idoneidad para el caso.

—¿Memorialista? me preguntó confuso el hombrecillo, temiendo encontrar un rival.

—No señor.

—¿Quiere V. decirme su nombre?

Le dije mi nombre; por casualidad le conocía, y convino en que yo era un literato conocido.

—Yo le entregaré á V. el manuscrito, me dijo; pero es necesario que V. me dé un recibo en forma, obligándose á publicarlo.

—Así lo haré, le respondí; y para que V. vea que no pienso dilatar mucho tan importante publicacion, diré á V. ahora mismo el título que pienso ponerla.

—¿Llevará por título la obra?...

—EL TESORO DE UNA MUERTA.

Al memorialista le pareció admirable é incitante el lúgubre título; me aseguró que tendría que hacer muchas ediciones de la obra, y me ofreció proporcionarme entre sus parroquianos mas de un centenar de suscriptores. Le agradecí sus predicciones y sus productivas ofertas, y sin acordarnos del lodo, vinimos en conversacion hasta la puerta de mi casa. Subimos la pesada escalera, entramos en mi gabinete; tomé un plieguecillo de papel, escribí el contrato-recibo que me dictó el memorialista, se lo entregué, recibí el manuscrito, y nos despedimos con mil protestas de amistad.

Es muy fácil adivinar que tan luego como me hallé solo empecé á leer el manuscrito; pero la historia que encerraba no cabe en los límites de un artículo, y se publicará á su tiempo, segun lo ofrecí al memorialista.

JUAN DE ARIZA.

DOÑA ANA URRUTIA DE URMENETA.

Entre las mugeres notables que ha producido modernamente la nación española se cuenta la señora Doña Ana Urrutia de Urmeneta.

Nació en la ciudad de Cádiz el año de 1812, hija de los señores D. Tomás de Urrutia y de Doña Ana Garchitorena. Su hermano el señor D. Javier de Urrutia, muy conocido y nombrado por su talento y estudios en las bellas artes, le enseñó dibujo, perspectiva y pintura, logrando sacar en ella una aventajadísima discípula. En 26 de marzo del año de 1848 contrajo matrimonio con el señor D. Juan José de Urmeneta, entonces profesor de pintura y escultura, y director de la clases de esta en la Academia Gaditana de Nobles Artes. Mereció el título de Académica de mérito por la pintura histórica, en 9 de diciembre de 1846: honra que le dispensó aquella corporación.

Después de haber pintado varios cuadros notables, entre ellos un San Gerónimo de escuela holandesa, que regaló á la catedral de Cádiz; un San Francisco y un San Antonio, copias de Murillo; una

Santa Filomena, original; la Resurrección de la carne, cuadro conocido por el del Juicio, de escuela flamenca, y otros, murió en su patria Cádiz, de resultas de unas viruelas malignas, el día 5 de noviembre de 1830. Fué hija y esposa ejemplar, cariñosa hermana y amiga consecuente.

La Academia Provincial de Bellas Artes de Cádiz acordó por unanimidad colocar en la sala donde celebra sus sesiones el retrato de la señora Doña Ana Urrutia de Urmeneta, como perpetuo testimonio de honor á su memoria.

El día 17 de agosto de 1851, en el acto de repartir la Academia á sus alumnos los premios que destina al mérito, pronunció D. Alfonso de Castro el siguiente discurso en elogio de la señora de Urrutia, y del joven D. José Utrera y Cadenas, artista gaditano también, y no menos distinguido.

«Señores: En el acto solemne de distribuir hoy la Academia Provincial de Bellas Artes los premios á aquellos jóvenes que han manifestado mas felices disposiciones y mayor aprovechamiento en los estudios del último año, debo llamar la atención, así de los discípulos, como de todas las demás personas que me honran escuchando mis palabras, há-



(Doña Ana Urrutia de Urmeneta.)



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

cia los dos retratos que se ven en el testero de esta sala, en que la Junta celebra sus sesiones. Uno y otro son de artistas que nacieron en la patria de los Balbos y de Columela, si diferentes en el sexo, iguales en la afición y en el deseo de adquirir buena y justa fama por medio de los pinceles. Una de las obras de la artista ocupa un lugar preferente en la soberbia Basílica de Cádiz: una de las del artista adorna las paredes del suntuoso Alcázar de los reyes de Castilla. Ambos fueron tempranamente arrebatados de entre nosotros por el brazo de la muerte: ella en la flor de su edad: él en los albores de la primavera de su vida. Pudo apagarse la llama que alimentaba su existencia; pero inextinguibles vivirán sus obras en la memoria de los españoles mientras que Cádiz sea Cádiz, España España, y las artes no desaparezcan de la haz del suelo andaluz por la turbación de los tiempos.

«Ni el sexo ni la edad tienen jurisdicción alguna sobre el ingenio, cuando el ingenio no nace niño, sino gigante, no débil tórtola, sino águila caudal que osa remontarse á las nubes y mirar atrevidamente

y sin rendir la vista los rayos del sol, cuando este en su mayor fuerza se acerca al zenit. Niño era y de trece años el gran Lope de Vega, y admiraba con sus comedias á España: niño era Murillo, y los rasgos de sus pinceles descubrían la antorcha vivaz que alumbraba su ingenio en la carrera de las artes, desterrando de su lado las nieblas de la ignorancia.

«Al ver las obras maestras que han producido el estudio y el deseo de gloria, no pregunten los mortales cuál fué la edad y cuál el sexo de los autores. No hay edades ni sexos para el talento: con el talento los escritos ó los cuadros de una muger pueden ser dignos de admiración y de alabanza, lo mismo que las obras del mayor de los filósofos del Pórtico de Atenas ó las tablas del Zeuxis y de Timantes: con el talento pueden alcanzar honrosísima fama y hacer á su autor inmortal entre los hombres, los cuadros de un artista que apenas vea asomar en su rostro la flor que mas tarde ha de convertirse en espesa barba.

»Para responder de la verdad de mis palabras, ahí están los nombres

de dos artistas gaditanos: la señora Doña Ana Urrutia de Urmeneta, y el señor D. José María de Utrera y Cadenas.

»No es nuevo en España el hecho de que una mujer, confiada en las fuerzas del ingenio, con ayuda de la constancia, y encendida en un veheméntísimo amor de la gloria, rompa las coyundas con que el recelo de aparecer ante el vulgo ganosa de aventajarse á lo demás de su sexo, suele enfrenar los entendimientos femeniles, estorbándoles conseguir honrosos laureles, así por las artes como por las ciencias.

»En la historia de las letras de nuestra patria vemos, al llegar al siglo XVI, una dama burgalesa llamada Luisa Sigea, pismo de Europa por su erudición, ya en las divinas escrituras, ya en la humana filosofía, ya en las lenguas latina, griega, siríaca y hebrea, en tanto que los reyes de España y de Portugal, cuando ella asistía en sus cortes, le daban constantes muestras de admiración y aprecio, y que el Pontífice Paulo III y los mas doctos varones que entonces habia en el suelo Itálico, solicitaban su correspondencia por cartas.

»Vemos á Doña Oliva Sabuco escribiendo casi en el mismo tiempo un tratado de filosofía y materia médica, lleno de novedad en los pensamientos y de sabrosa y ejemplar doctrina.

»É igualmente recordamos á Doña Cristobalina Fernandez de Alarcón, y á otras muchas damas ilustres por sus virtudes, y bellas sobre toda flor, como la rosa de mayo, honrando á su patria con los acenos de la mas pura y regalada poesía, ó con las mas cuerdas y filosóficas razones, ó con los lienzos donde se retrataba á la naturaleza compitiendo con el arte para recreación de los sentidos.

»La señora Doña Ana Urrutia de Urmeneta siguió tan notables ejemplos; y en su patria, la moderna Tiro, se distinguió por su afición y por sus ensayos en el estudio de la pintura: porque á sus conocimientos en los grandes modelos acompañaba la felicidad, y á su buen ingenio una confianza en sus fuerzas, no ciega por el orgullo, ni encadenada por aquella modestia que postra los brios, sino por la que los alienta sin turbar la razón y sin apartarla de la senda por donde va el camino de la gloria.

»Estudió en las obras de Murillo, y copió los rasgos de tan divino maestro en varios lienzos: imitó á la escuela holandesa en un cuadro que se conserva en la catedral de Cádiz, y que retrata al gran padre de la Iglesia, San-Gerónimo, aquel caudaloso río de elocuencia y aquel pozo inagotable de sabiduría: imitó también á la escuela flamenca en una terrible pintura, que de artista desconocido, aunque de valiente mano, existe en esta Academia, y representa el Juicio final del mundo, cuando al temeroso son de la trompeta del ángel del estermínio, se estremecen la máquina del orbe; desquicianse los polos, se destierran las nubes que ocultan á los tiempos pasados, y el Dios de la justicia, abriendo las fuentes del cielo, aparece entre rayos de purísima lumbré para juzgar á los vivos y á los muertos.

»Alentada la señora Doña Ana Urrutia de Urmeneta por el aplauso de los que contemplaban el mérito de sus obras, y alentada además y regida por los sabios consejos de su esposo y de su hermano (personas de notorios conocimientos en la materia) (1), se disponia á colocar su nombre en la cumbre de la inmortalidad por medio de superiores trabajos, cuando la muerte previno sus intentos y atajó los pasos á su vida y á las obras que las artes españolas esperaban de su estudio y de su ingenio floreciente.

»Ya antes habian experimentado esta igual pérdida en el joven D. José María de Utrera y Cadenas, natural también de la ciudad de Cádiz y discípulo de su antigua Academia por espacio de tres años en las clases de dibujo.

»Deseoso de immortalizar su nombre, y sintiéndose con sobrados alientos para emprender obras dignas de admiración y eterna fama, quiso Utrera unir su memoria á la del mayor de entre los mayores héroes que en servicio de su patria sacrificaron su propia sangre, su libertad, sus haberes, su familia y sus amigos. Recorrió con el vuelo de su fantasía y alumbrado por la llama de su ingenio, el espacio de los tiempos que pasaron. La historia le señalaba con el dedo las hazañas de los grandes capitanes españoles en las sangrientas luchas que hubieron estos en nuestros campos, en nuestras sierras y en nuestros mares, con el valor cartaginés, con el valor latino y con el valor godo.

»Descubierto ante sus ojos el espeso velo que escondia los hechos de las antiguas edades, y desterradas las sombras y la confusión de la ignorancia y del olvido, vió Utrera á Pelayo blandir la espada y tremolar su estandarte regio para allegar á sí los restos infelices de la infelicitosa rota del Guadalete, dando principio á la restauración de España. Vió á los héroes que le siguieron en la empresa de desbandar las huestes de la media luna, humillando las cervices agarenas y convirtiendo sus peñones en alfombras y tapetes de los templos erigidos al Salvador del mundo.

»Vió también á los capitanes del César Carlos V triunfantes en los

campos de Italia, al pié del Capitolio, en las orillas del Elba, en los reinos, imperios y repúblicas de la virgen América, y en las arenas desde donde la opulenta Cartago lanzaba contra Roma, su competidora en el dominio del orbe, los ejércitos de Hannon y de Annibal. Vió cautivar á reyes, á pontífices y á magnates orgullosos, lo mismo en la trabajada Europa por las continuas disensiones, que sobre la laguna de Méjico: lo mismo á Francisco I de Francia, al pontífice Clemente VII y al duque de Sajonia, que á Montezuma y á Guatimozin. Siempre vió á los héroes españoles haciéndose inmortales sobre los muros de las ciudades, en las entrañas y gargantas de las sierras y sobre las llanuras del mar, desde el Oriente hasta el Occidente, desde el Septentrion hasta el Mediodía. En todos halló ejemplos de admiración dignos de eternal renombre; porque en todos se descubrían el valor y la nobleza de la magnánima nacion española.

»Quiso pintar en un cuadro al mayor de los que en nuestra patria vencieron, y halló en D. Alonso Perez de Guzman, conocido por el Bueno, el que obtuvo mas señalada victoria, pues fué vencedor de sí desoyendo los gritos de la flaca naturaleza, y sacrificando la vida de su unigénito por no entregar á los enemigos de su Dios, de su rey y de su patria la bien cercada villa de Tarifa, fortaleza que encendia la codicia del poder sarraceno.

»De edad de veinte años se atrevió Utrera á emprender con soberano aliento lo que hasta entonces nadie habia emprendido. Temió, pero el temor huyó avergonzado ante la confianza de su osadía. Retrató al honrado caballero Guzman el Bueno en el acto de lanzar al campo del moro desde las almenas de Tarifa el puñal que habia de cortar las venas de su inocente hijo: á sus piés está la desventurada esposa pidiéndole que entregue la fortaleza al enemigo, los guerreros asombrados de la acción de su caudillo, y á lo lejos el real de los contrarios, y entre la morisma y el infante de Castilla, D. Juan, el tierno niño, el Isaac cristiano.

»La inmortalidad guió los pinceles de Utrera: su cuadro en la exposición pública celebrada en la Academia de San Fernando, fué admirado por los mas ilustres de nuestros artistas: la voz de la fama se derramó por la nacion Española, y hasta subió al palacio de nuestros reyes anunciando el heredero de las glorias de Murillo y de Velazquez.

»Cuando acababa de lograr un alto laurel en la carrera de las artes, la muerte secó la flor de su juventud y abatió el vuelo del águila que habia osado remontarse á las nubes, contrastada por los vientos.

»El esfuerzo de ingenio para concebir en la imaginación su obra maestra, y la fatiga que empleó para terminarla en brevísimo tiempo, destruyeron su lozanía.

»Castigó la enemiga fortuna su atrevimiento en subir en tan corta edad y con tan firme pié las gradas del templo de la gloria; pero el artista tuvo la satisfacción de ver, aunque por pocos instantes, la corona que la justicia adjudicaba al triunfo de sus deseos. Así el gladiador romano, combatido por diversos contrarios, despues de vencerlos uno á uno, cubria sus sienes con el lauro de la victoria y espiraba al rigor de las crueles heridas. Así los cristianos paladines en sus luchas con los moros, entraban en el campo enemigo, y sin miedo de las flechas y de los dardos, arrebatában el regio estandarte, y despues de llevarlo á los suyos, lanzaban el postrimer suspiro en brazos de los que aplaudían su esfuerzo sobrehumano.

»Saltó airoso de su empresa el joven Utrera. No se elevó hasta el sol para ser otro Icaro despeñado en los abismos del mar; sino para ser otro Prometeo que arrebatava una antorcha al carro del astro (rey del dia), con el fin de animar con su divino fuego la estatua de Minerva.

»La obra de Utrera debió consumir, así por el pensamiento como por la ejecución, el trabajo de toda la vida de un artista; y en efecto, sucedió lo que debia suceder. Quiso el joven gaditano anticipar el curso de los tiempos: lo que el estudio y el talento habian de hacer en largos años, ejecutó en los abries de su existencia, y su existencia terminó al terminar Utrera la obra de su vida.

»La Academia Provincial de Bellas Artes, deseosa de honrar la memoria de los artistas insignes de la ciudad de Cádiz, dispuso colocar en la sala donde celebra sus sesiones los retratos de la señora Doña Ana Urrutia de Urmeneta y del señor D. José María de Utrera y Cadenas.

»¡Ojalá que el recuerdo de sus obras y la gloria de sus nombres despierten los ánimos de la juventud gaditana para seguir los pasos de estos ilustres compatriotas en la carrera de las artes! ¡Y ojalá que por medio de su constancia y estudio, favorecidos de la luz del ingenio, semejante á la del sol, que no perece ni se amengua con el curso de las edades, contribuyan á la mayor honra de su patria y á la gloria de las artes españolas, salvando del olvido sus nombres, y dilatando su fama por todas las naciones cultas del universo! ¡Dichoso quien al decir su último adios al mundo, no deja escrito su nombre en las páginas de la historia con letras de sangre, sino con letras de oro, salpicadas por las lágrimas de los que admiraron su ingenio y sus virtudes, para orgullo de su patria y para bien de sus hermanos!»

(1) Tengo una especial satisfacción en dar esta muestra pública de aprecio á mis dos compañeros en la Academia Provincial de Bellas Artes Gaditana, los señores D. Juan José de Urmeneta y D. Javier de Urrutia.

LOS RELOJES.

En esta época en que apenas se fija la atención mas que en ese admirable descubrimiento de cuya fuerza nos servimos para trasladarnos de un extremo á otro del globo con la rapidez del rayo; ahora que solo se atiende á las empresas positivas y que producen mayores beneficios; mas se aprecian las invenciones antiguas, que á fuerza de haberse generalizado han dejado de causarnos admiración. De otro modo no dejaríamos de contemplar con religioso entusiasmo los relojes, esas máquinas que llevan en sí la resolución de un gran problema, y que han llegado á constituir una de las necesidades de la vida. Imposible parecería que la distribución exacta del tiempo, la regulación fija é invariable de las horas que forman el día, pudiera hacerse por medio de unas ruedas que caminan en opuesta dirección, y cuya marcha puede arreglarse con la mayor facilidad; y es sumamente sensible que no haya podido averiguarse quiénes fueron los que prestaron tan importante servicio á la especie humana, para que se esculpieran sus nombres en el bronce y aun se grabaran en la memoria. Hemos hecho bastantes investigaciones acerca de este asunto; pero no hemos obtenido otro resultado que el que consignamos en esta reseña ó ligera historia de este invento.

Desde los primeros tiempos conocieron los hombres la precisión que tenían de una norma fija y constante que les facilitara el conocimiento del tiempo que debían dedicarse al trabajo, el que bastaba para el descanso, y el que habían de destinar á las restantes ocupaciones. Como entonces las artes estaban en su infancia, no podían recurrir á ellas para proporcionarse lo que con tanto anhelo deseaban, y se fijaron en lo que mas vivamente había herido su imaginación, que eran los astros, y de aquí provino que los primeros relojes fueran los del sol, llamados tambien cuadrantes, guomones y sciothericos. Mucho se dudó en lo antiguo á quién se debía adjudicar la gloria de esta invención. Laercio y Suida la atribuyen á Anaximandro, que murió el año 347 de la creación del mundo, y Plinio la da á Anaximenes, discípulo de Anaximandro. Los egipcios y babilonios disputaron por apropiársela, y otros varios la fueron señalando en diversos tiempos. Con tal variedad de opiniones no podemos acertar de una manera positiva cuándo se empezaron á usar; pero en lo que no cabe duda es que se conocían antes del año 3291, porque vemos en *La Biblia*, lib. IV. *Regum*, cap. XX, que estando enfermo el rey Ezequías, hizo el profeta Isaías que retrocediese diez líneas la sombra en el reloj de Achaz, en señal de que convalecería.

Algun tiempo despues se introdujo tambien el medir el tiempo á piés, ó lo que es lo mismo, sobre la sombra de su cuerpo, de lo cual hallamos noticia en los doce libros de *Re rustica* de Paladio, que vivía en el siglo segundo, y que pone la sombra del sol medida á piés en todas las horas del día de cada mes. Este modo de contar las horas era sumamente gracioso, y se prestaria ahora á algunos *quid proquos*, pues se decía voy á comer á tal pié, me acuerdo á tantos piés.

Ambos á dos métodos eran sumamente imperfectos, porque necesitaban como primer agente ó único móvil la presencia del sol; pero cuando este desaparecía quedaban envueltos en la oscuridad que cubría á la tierra. Fué preciso buscar otro impulso perenne y constante, y cuya ausencia no pudiera temerse con facilidad, y no se halló ninguno mas á propósito que el agua, que encerrada en un vaso con un caño estrecho en que se practicaba una pequeña abertura, destilaba gota á gota, hasta completar el número de las horas. Este género de relojes le introdujo en Roma, el año 595 de su fundación. Scipion Násica: y mas adelante, en 615, le perfeccionó Clesibio construyendo una verdadera máquina hidráulica.

Esta clase se denominó clepsidra, y de ella se servían los griegos y romanos para medir el tiempo que debían durar las causas, para lo cual distribuían tres porciones, una para el acusador, otra para el acusado y la tercera para el juez. Cada clepsidra componía una hora, segun parece por lo que dice Marcial, lib. VIII, Epig. vii. En la lectura de los procesos y leyes no corría el agua, y esto era: *Aquam sustinere*, segun se lee en los autores de aquella época.

Los de arena cuentan tambien muchos siglos de antigüedad; pero no es fácil señalar ni sus inventores, ni la época de su introducción. Estos se usaban con preferencia en los monasterios, y por la noche estaba á cargo de dos religiosos el cuidado de observarlos para que no se parasen.

Llegamos ya á la perfección del arte: vemos la invención en toda su latitud prestándonos el servicio que necesitábamos, sin que sea preciso auxiliarla sino efímera y ligeramente: tocamos en fin la época de los relojes de rueda, cuyo autor por desgracia se ignora. En sentir de algunos pertenecen á tiempos remotos, pues aseguran que fueron de esta clase los que tenían Boccio, Gilberto, el Papa Paulo II, y el que regaló á Carlo-Magno el califa Aaron Baschil hacia el año 807.

Parécia en vista de esto que se había llegado al complemento y

que no se podía dar un paso mas; pero todavia nos estaba reservado otro nuevo asombro. Walindorf, monje benedictino inglés, que murió en 1525, viendo que no todas las clases podían disfrutar de este beneficio porque era sumamente costoso el poderse aprovechar de él, discurrió el generalizarlo y hacerlo público, y planteó con éxito los relojes de torre con campana. Algunos atribuyen esta invención á Santiago Don Dionis, natural de Padua, célebre astrónomo, médico y matemático; pero este no hizo mas que perfeccionarla, pero de un modo admirable, pues en 1344 colocó en la torre del palacio de aquella ciudad un reloj compuesto de una multitud de piezas y ruedas movidas por una sola pesa, y señalaba todas las horas, y además el curso del sol y de los planetas. Este prodigio y esta maravilla del arte atrajo á Padua una inmensa concurrencia, porque los sabios de toda Europa venían á admirar aquella obra tan perfecta, el reflejo vivo de las revoluciones celestes, aquel profeta automático, por decirlo así, y lo contemplaban con el mismo religioso entusiasmo que los que han mirado la realización del último eclipse en el reloj colocado este año en la catedral de Strasburgo, y cuyo autor fué aplaudido con frenesí, como si su obra fuera enteramente nueva. Como era natural, se excitó la curiosidad de los relojeros de las demás naciones, y en breve se hicieron todas ellas con relojes de las últimas modas ó de los mas modernos.

Al llegar á este punto no podemos menos de combatir una equivocación en que incurrió el P. Mariana en la *Historia de España*, pues afirma en el cap. x del libro XIX, que el primer reloj de esta clase que se vió en España fué el de Sevilla, que se colocó en la torre de la iglesia Mayor en julio de 1400, en presencia de Enrique III y toda su corte, siendo así que en aquella época ya eran conocidos en la Península. En una cédula que despacharon Carlos III de Navarra y su muger Doña Leonor en Olit á 20 de diciembre de 1590, mandan á su tesorero García Lopez de Lizasoain, «pagues á Juan de Zalva por un paino de Jengeaux, por los tres forreros de nuestra cambra, *et el mozo de nuestro reloj*, XXXV libras.» Por otra librada el último día de abril de 1599, manda á las gentes de sus contos rebajen á Juan Casitat, su tesorero, VIII libras que había dado á Tierri su relojero. Además entre los papeles que los duques de Alburquerque tienen en el palacio de su villa de Cuellar, están las cuentas que se tomaron á Alvar Perez por lo respectivo al año 1595, y una de las partidas de data ó descargo es *A Ximon el Ferrero, por el martillo del reló dos reales*. De manera que debieron introducirse poco despues que se puso el de Padua, y nos afirmamos tanto mas en esta opinion, cuanto que todavia tenemos una prueba viva de esto mismo, que es el reloj de la catedral de Leon, que en la esfera colocada en el interior de la iglesia, tiene un cielo con los dos astros lumináres, y la luna que allí aparece sufre las mismas alteraciones que la que vemos brillar en la bóveda celeste.

Despues de esta época no ha habido variaciones esenciales en el arte, pues aunque se ha dado á los relojes distintas y variadas formas, aunque se han construido de mayor ó menor latitud y de menos tamaño, aumentando ó disminuyéndose las ruedas, puede considerarse todo esto como perfeccionamiento de la primitiva invención, y no como otra nueva, puesto que siempre se ha girado sobre la base de aquella

J. F. LL.

SONETO.

No envidies, no, los ojos que atrevidos
La paz del corazon roban arteros,
Y que ya miren dulces ó altaneros
Solo tienen poder en los sentidos:
Ni los ojos codicios que encendidos
En lascivo furor, lazos certeros
Tienden á la virtud de los primeros
Que encuentran por su mal desprevénidos:
Que los tuyos, celeste criatura,
Serenos como el mar cuando está en calma,
Brillantes como el mar en la alta esfera,
Son un timbre mejor á tu hermosura;
La pureza revelan de tu alma,
La quietud santa que en el pecho impera.

L. PEREZ DE ACEVEDO.

EL TIGRE Y LA ZORRA.

LEYENDA TRADICIONAL.

CAPITULO V.

RUIDOS POPULARES.

Al pié de la misma casa
y á poco mas de las nueve,
turba plebeya y curiosa
se agita confusamente.
Dividida en grupos varios,
comenta, escucha y refiere
del suceso de aquel día
las versiones diferentes;
y sin duda no es el lance
de la mas vulgar especie,
pues tanto su narracion
le interesa y le suspende.
Si en la region de la duda
flotar mas tiempo no quieres,
mézclate lector conmigo
entre esos grupos, y atiende
los rumores que circulan
entre la agitada plebe.

—¿Con que le viste?—

—Lo mismo

que te estoy viendo, Gil Perez,
bañado en sangre y cosido
á puñaladas el vientre.

—¡Mientes!—esclamó una vieja,
al que así habló dirigiéndose;—
yo le vi esta misma noche
por los espacios cerneer
llevado en ancas del diablo.

—Calle la bruja.—

—¡Insolente!

¡Cuando digo que lo he visto!

—Fuera de aquí.—

—Son chochees.

—¿Mas no se dice la causa
de tan extraño accidente?

—Bien clara está: prolongar
la ejecucion del Maestre.

—No debe el rey consentirlo.

—¡Es una infamia!—

—No siempre

se han de salir con la suya
esos nobles.—

—Se protegen

entre sí; pronto vereis
cómo burlando á la plebe
consiguen que al fin se libre
Don Alvaro de la muerte.

—¡Degollar á un grandel! ¡cáspita!

¡sucede tan pocas veces!

—¡Y yo que tengo en la plaza
sitio desde donde verle!

—Irá gallardo.—

—No tal.

—Si tal.—

—No se desesperen,
que no irá de ningun modo
faltando quien le degüelle.

—Castrillo ha dejado un hijo
que tiene edad suficiente
para reemplazarle.—

—Justo.

—¿Mas no sabeis que hace dengues
al oficio?—

—Nada importa.

—La ley le obliga á ejercerle.

—¡Qué lástima! ¡es tan galán!

Este arranque inconveniente
de una jóven que escuchaba
confundida entre la plebe,
con silbidos y con pullas
se acogió unánimemente.

Avergonzada la moza

logró en salvacion ponerse,
y otra vez volvió la turba
mas compacta y mas solemne,
á ocuparse del asunto

que tanto interés le ofrece.—

—Amigos,—con voz robusta

gritó un cortador de siete

piés de estatura y de formas

atléticas—me parece

que se pierde el tiempo: en tanto

que gritais como mugeres,

se pone en salvo el rapaz,

y no habrá quien dé la muerte

al Condestable.—

—No, no;—

bramó la turba.—¡A prenderle!

—Sepamos si está en la casa.—

—Que salga.—

—Que se presente!—

Y cual de resorte oculto

movido el grupo rebelde,

á la puerta de Castrillo

se arrojó impetuosamente.

Esta se abrió al tiempo mismo

y apareció en sus dinteles

con la faz desencajada

un mancebo casi imberbe.

—¡Ahí está!—

—¡Quiere escaparse!—

gritó la canalla al verle.

Con desesperada angustia,

como fiera á quien se tiene

acorralada, y un flanco

busca por donde meterse,

tendió el jóven la mirada

á su alrededor, y al verse

cercado por todas partes

de la alborotada plebe,

sobre ella airado se arroja

y abrirse paso pretende;

mas de aquel supremo esfuerzo

rendido, cual masa inerte

cayó en tierra el desgraciado.

La multitud se disuelve

al ver entrar por la calle

una legión de corchetes,

y contemplando la escena,

la tradicion nos refiere

que el buen compadre Garduña

rió silenciosamente.

(Continuará.)

CEFERINO SUAREZ BRAVO.

JEROGLIFICO.



Redactor y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION,
á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo, 26.